

La Divina Misericordia

Léonie Caldecott

Editora Jefe de la edición británica

Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5,7)

EL 22 DE FEBRERO DE 1931, nuestro Señor se apareció a una monja polaca llamada Faustina Kowalska. En la visión le habló de su «más tierna misericordia en el momento en que mi corazón agonizante fue abierto por una lanza en la cruz». Le pidió que tuviera una imagen de sí mismo tal como se había apareció por primera vez a ella, pintada con la inscripción: «Jesús, confío en ti». La devoción a la Divina Misericordia se nos presenta para ayudarnos a acceder a la novedad de vida que se derrama desde el Corazón de Cristo crucificado.

En la Iglesia universal, la devoción a la Divina Misericordia estará siempre asociada tanto con san Juan Pablo II como con Faustina, su compatriota, a quien él canonizó en la primavera del año 2000. Unas semanas más tarde de su aparición, la petición de nuestro Señor de que el domingo después de Pascua se dedicara a la Divina Misericordia se cumplió finalmente, ya que la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos decretó que la fiesta debía celebrarse en todo el mundo, como «una invitación perenne al mundo cristiano para afrontar, con confianza en la benevolencia divina, las dificultades y las pruebas que la humanidad experimentará en el futuro».

Es como si el Papa sufriente supiera, con el correr del nuevo milenio, lo mucho que el mundo necesitaría este signo. Murió cinco años más tarde, en la vigilia de la fiesta. A partir de la elocuente encíclica *Dives in Misericordia*, a su profunda caridad y comprensión de la naturaleza humana, la vida de san Juan Pablo puede decirse que encarna el principio en el corazón de la devoción.

También el papa Francisco hizo de la misericordia el latido de su pontificado, declarando un Año Jubilar de la Misericordia desde diciembre de 2015 hasta noviembre de 2016. En este tiempo de pandemia mundial, la necesidad de misericordia es más evidente: tanto en la gracia del perdón divino por nuestros pecados, como en nuestra atención a las necesidades físicas y espirituales de los demás. Como dijo Jesús a santa Faustina: «Cuando un alma se acerca a mí con confianza, la lleno con tal abundancia de gracias que no puede contenerlas en sí misma, sino que las irradia hacia otras almas». ■

Traducido del original inglés por Pablo Cervera Barranco

CORONA DE LA DIVINA MISERICORDIA

Para rezarla se utiliza un rosario común de cinco decenas.

Comenzar con un Padre Nuestro, Avemaría, y Credo.

Al comenzar cada decena (cuentas grandes del Padre Nuestro) decir:

Padre Eterno, yo te ofrezco el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, para el perdón de nuestros pecados y los del mundo entero.

En las cuentas pequeñas del Ave María:

Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero.

Al finalizar las cinco decenas de la coronilla decir:

Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal,
ten piedad de nosotros y del mundo entero (*repetir 3 veces*).